

cérrnimiento sabio y religioso. Consultó, oró, practicó y prescribió ayunos, hasta que convencido de la voluntad del Señor, hizo la traslacion con la mayor solemnidad en el año tercero de su obispado. Enterraron al Santo Mártir en el mismo sitio en que sufrió la muerte, y levantaron despues allí una iglesia magnífica. La fama de los milagros que principió á obrar el Señor por intercesion del Santo, atrajo mucha gente de todas partes. Lieja, que era un pueblo pequeño distante cuatro leguas de Tongres, llegó á ser una gran ciudad á donde trasladaron la silla episcopal que antes habia sido igualmente trasladada desde Tongres á Mastrich.

22. No son menos dignos de admiracion los espectáculos que ofrecia la iglesia de Inglaterra. Respetaba con profunda veneracion á la iglesia romana, reconociéndose deudora á esta madre universal del conocimiento de la doctrina evangélica. Estaban desde el Occéano hasta Roma los caminos cubiertos de ingleses de ambos sexos y de todas condiciones, nobles, duques, Reyes, que corrian á tributar sus religiosos homenages al Vicario de Jesucristo: práctica á la verdad mas digna de elogio en su principio que de imitacion en su continuacion y escesos (1). Mas la gracia, utilizando los defectos mismos de estos pueblos, convertia en obras de penitencia y en medios de santificacion la inestabilidad natural de su genio, y la larga costumbre de una vida errante y vagamunda.

(1) *Ven. Bed. lib. 5. hist. cap. 21.*

Coenredo, Rey de los mercienses, que se ocupó con celo en la restauracion de San Wilfrido, abandonó la corona despues de seis años de reinado, y partió á Roma en donde abrazó la vida monástica. Perfeccionó su santificacion con la limosna, el ayuno y la contemplacion. Habia llevado en su compañía á Offa, Rey de los sajones orientales, Príncipe jóven de una presencia y carácter amables y que era la delicia de su pueblo y de su familia: éste se despidió para siempre con una firmeza asombrosa de su esposa y de sus vasallos para dedicarse con Coenredo á los egercicios penosos del claustro. Espiraron ambos dentro de poco tiempo conforme lo habian deseado.

23. Murió por el mismo tiempo San Adelmo, primer obispo de Schirburn (1). Era de una familia noble del reino de Sajonia occidental: y recibió su primera educacion en el monasterio de San Agustin de Cantorberi, bajo la disciplina del abad Adriano tenido por muy hábil, quien en breve tiempo le impuso en el conocimiento de las lenguas griega y latina. Habiendo vuelto á su pais, se hizo monge en el monasterio de Malmesburi que habia levantado poco antes Madulfo, solitario de Irlanda. Al principio vivió como ermitaño, mas careciendo de que alimentarse, utilizó sus talentos y se consagró á la instruccion de los jóvenes que vivian en aquellas cercanías.

Siguiendo su egeemplo muchos de sus discípulos abrazaron la vida monástica: este fue el fundamento de la opinion esclarecida que logró con el tiempo el

(1) *Ibid. tom. 3. pag. 223., et tom. 5. pag. 26.*

monasterio de Malmesburi. Adelmo cumplió mas que nunca la inclinacion agradable que le arrastraba al estudio, y se dedicó principalmente á las artes liberales, siendo el primer ingles que supo versificar en latin. Cultivó tambien la poesía inglesa, y escribió en lengua vulgar ciertos cánticos de piedad para instruir mas fácilmente que con los medios ordinarios á un pueblo voluble. Hacia alto en medio de una calle ó de un puente, y recitando los cánticos que habia escrito, atraía la multitud que por este medio sencillo, divertido y nuevo, se complacia con las verdades serias que la fastidiaban en los sermones. Reunía á la poesía la ciencia de las leyes romanas, de las matemáticas y de la astronomía. Llegó en una palabra á ser tan célebre por sus conocimientos, que no solo era el oráculo de sus compatriotas y de los salvages vecinos, sino que igualmente llamó la atencion de los franceses, quienes pasaron el mar ansiosos de oír sus lecciones.

Cuidaba mas, no obstante, este piadoso maestro de ejercitar á sus discípulos en la virtud que en las ciencias, y todas sus lecciones eran precedidas de sus egemplos. Fiel á los deberes de su primer estado, esto es, de la soledad á que se habia dedicado, nunca salió del monasterio sin que le obligase una necesidad manifiesta. Aplicábase principalmente á la lectura de los libros sagrados y á la oracion: atormentaba su cuerpo con grandes austeridades, y algunas veces en las noches de invierno se sumergía hasta los hombros en el agua de una fuente, permaneciendo

allí mientras rezaba el salterio: penitencia á la verdad horrorosa y cuasi increíble á no conocerse las costumbres y el temperamento duro de aquel pueblo, y de aquellos tiempos de fervor.

Le ordenó sacerdote Leuterio, obispo de Ouessex, quien confirmó el establecimiento del monasterio de Malmesburi, y le nombró solemnemente abad de él. Dividieron en dos la diócesis de Ouessex ó Verchester despues del fallecimiento de San Eddo, sucesor de Leuterio, á motivo de ser muy grande el número de fieles que tomaba aumento de dia en dia. Colocaron una de estas dos sillas en Vinchester y otra en Schirburn, á la que destinaron á Adelmo, y á quien consagró en una edad avanzada el arzobispo Britualdo. Mas este metropolitano deseó tenerle en su compañía despues de haberle ordenado, para aprovecharse de sus consejos. Apreciaba Britualdo mejor que otro alguno el mérito de este hombre extraordinario, por haber sido su condiscípulo y compañero en la religion.

Solo vivió San Adelmo cuatro años en el obispado, pero en ellos inmortalizó su nombre. Consérvanse muchas obras suyas en prosa y en verso, entre las que sobresale por su mérito particular el tratado contra los errores de los bretónes, que escribió por órden de un concilio y con el que los preparó felizmente á la observancia de los usos comunes.

Nada se hubiera logrado insultando á estos isleños, cristianos generosos y fervientes cuya virtud llegaba al heroismo, pero en extremo fuertes en defen-

der la singularidad de sus costumbres. Conducíanse con ellos los pastores guiados del espíritu de benignidad de Jesucristo y de su iglesia como con unos enfermos, observando las ocasiones y buscando los remedios mas propios para curarlos de sus preocupaciones. Si no hacian uso de la autoridad para aplicarles los mas fuertes por su naturaleza, elegian con destreza los mas oportunos á las disposiciones de aquellos que los recibian.

24 y 25. Así obró San Ceolfrido, abad de los célebres monasterios de Viremouth y de Jarron, con respecto á San Adamnan, sacerdote y abad del monasterio de Hi en Irlanda (1). Hallándose este diputado para algunos asuntos de su nacion en la corte de Alfrido, Rey de Nortumberland, se le presentó sazón durante su permanencia en aquella corte de observar las costumbres de los cristianos ingleses, formados por la iglesia romana. Estrecháronle fuertemente los sugetos mas sabios del pais á que se conformase con ellos, representándole que aquellos usos eran de la Iglesia universal, cuya ventaja no podian contrarrestar los de sus irlandeses, reducidos á un punto muy limitado del globo. Era perentorio el argumento, pero no fue con todo eso eficaz. Visitó Adamnan algunos dias despues á Ceolfrido en su monasterio de Viremouth. Este respetable prelado habia estado en Roma con su antiguo maestro San Benito Biscop, donde aprendió con perfeccion los usos de la iglesia romana, y las pruebas mas sólidas que los autorizaban. Aprovechó no

(1) *V. Bed. lib. 5. hist. cap. 16. et 22.*

obstante contra el solitario irlandés armas enteramente distintas. Fijando su consideracion en la forma de tonsura que distinguia al clero de esta nacion, le dijo: „hermano mio, vos que aspirais á la corona inmortal, vos cuya sabiduría, humilde modestia y piedad os dan el derecho de pretenderla, ¿por qué llevais en vuestra frente una corona imperfecta? ¿Esperais acaso una acogida favorable del poderoso portero del cielo, cuando llegéis á su presencia con la tonsura del Mago á quien anatematizó?” Era entonces tradicion universal recibida (aunque se ignora el fundamento), que Simon Mago trajo una tonsura en forma de media corona por la parte anterior de la cabeza. Respondió avergonzado Adamnan: estad seguro, hermano mio, que si llevo la corona de Simon, detesto sin embargo su impiedad y sus errores. No pasó mas adelante Ceolfrido; pero su discurso quedó profundamente grabado en el espíritu de Adamnan que hizo las reflexiones mas serias: era timorato y tenia mucha probidad y grandeza de alma. Tomó en fin generosamente su partido, y á pesar de la precedencia que los irlandeses obstinados en sus ideas de indigenato, afectaban sobre la Inglaterra y sobre todos los paises invadidos por los estrangeros, abandonó con firmeza las costumbres de sus padres para abrazar las de los ingleses. Cuenta la Iglesia á este abad en el número de los Santos.

Redujo igualmente San Ceolfrido á los usos de la iglesia romana á los pictos ó escoceses, que iluminados por el apóstol San Columbano el antiguo, con-

servaban tambien las tradiciones irlandesas. Mas ilustrado su Rey Naiton que sus predecesores, sabio hasta cierto grado, ó versado á lo menos en la lectura de buenos libros, se admiró y aun formó escrúpulo al ver la diferencia que habia entre los cristianos de sus dominios y todos los demás fieles. Tomó al punto su resolucíon, y para realizarla con mayor autoridad envió diputados á Ceolfrido cuyo nombre era venerado en todas las iglesias británicas. Pidióle instrucciones relativas á sus designios, y arquitectos capaces de edificar una iglesia de piedra al estilo de las de Roma. Al enviarle Ceolfrido los arquitectos, le escribió una carta muy larga que trataba principalmente de la Pascua, en la que probaba con solidéz deberse celebrar con la Iglesia católica en la tercera semana del primer mes, contando segun las lunas, y siempre en domingo. Da á entender esta carta la instrucción que tenia el autor de los ciclos de Eusebio, Theófilo, San Cirilo y Dionisio el Exiguo, que todavía se seguian. En cuanto á la forma de la tonsura no la juzga de tanta importancia como la Pascua, y defiende tan solo que de dos prácticas indiferentes en sí, debe preferirse aquella que una tradicion constante y universalmente recibida atribuye al Príncipe de los Apóstoles.

Leida esta carta en una asamblea numerosa y distinguida, se levantó el Rey en medio de los señores entre quienes estaba sentado, se hincó de rodillas y dió gracias á Dios en alta voz por haber traído de Inglaterra á la Escocia el conocimiento de la verdad.

Mandó seguir en todos sus dominios las tablas del ciclo de diez y nueve años, en lugar de las de ochenta y cuatro que habian regido hasta entonces. Estableció no solo la conformidad con la iglesia romana en la celebracion de la Pascua, sino tambien la forma de la tonsura de los clérigos, mandando que todos se arreglasen á ella, lo que se egecutó sin demora.

26. Causó al Pontífice un gozo muy grande esta noticia que no tardó en llegar á los romanos. El Papa Constantino, aunque este objeto no pertenecia al fondo de la Religion, miró la docilidad de aquel buen pueblo como un testimonio firme de su disposicion para recibir las instrucciones relativas á la salud eterna. Pero las noticias funestas que le llegaron cuasi al mismo tiempo turbaron toda su alegría. Convidó el Emperador Justiniano, siempre obstinado en que se admitiese su nueva disciplina, al Pontífice de un modo imperioso á que fuese á verse con él en Grecia. Tenian muy presentes los romanos los infortunios del Papa San Martin en un viage de igual naturaleza. A pesar de las promesas mas lisongeras que prodigaban fácilmente los griegos, se arriesgaba todo si se emprendia el viage; y no verificándole, se daban pretextos plausibles á la violencia del Emperador y causas á la sospecha de una rebelion. Acordó, pues, el Pontífice ponerse en camino, confiando el cuidado de su persona á la Providencia. No salió frustrada su esperanza: la presencia del Vicario de Jesucristo infundió tal respeto á aquel Príncipe, que á pesar de sus intenciones no le habló ni una sola palabra del con-

cilio, único objeto que tenia agitados á los romanos. Celebró el Papa el santo sacrificio de la misa en Nicomedia, donde se vieron: recibió el Emperador la comunión de su mano, suplicándole que intercediese por el perdón de sus pecados, y confirmó todos los privilegios concedidos por sus predecesores á la iglesia romana. Recibió el Pontífice honores extraordinarios en todos los demás pueblos, de suerte que la causa de este viage señalada por conjeturas, es todavía un enigma difícil de explicar: duró sin embargo un año entero. Entró el Pontífice en Roma el día 4 de Octubre, y tres meses después de su llegada, esto es, á principios del año 710, supo que el Emperador Justiniano había sido asesinado, y elevado en su lugar el armenio Bardanes, que tomó el nombre de Filípico. Mandó el bárbaro usurpador pasear la cabeza del difunto Soberano por todo el occidente hasta Roma. Tiberio, hijo de este Príncipe desgraciado, buscó asilo en una iglesia de Constantinopla, agarrando con una mano el pie del altar, y con otra la verdadera cruz, teniendo además pendientes del cuello muchas reliquias. Nada puso freno al furor de la tiranía: y despojándole el patriarca Juan de las reliquias y arrojándole con violencia del lugar santo, le cortaron la cabeza en los brazos de la Emperatriz Anastasia su abuela.

27. El carácter de su sucesor hizo sentir su falta, no obstante el odio que el hijo de Constantino-Pogonato se había grangeado en Roma al fin de su reinado. Profesaba Filípico el monotelismo, y un re-

cluso del monasterio de Calístrato, sectario de la misma herejía, le había anunciado mucho tiempo antes de su exaltación que sería elevado al imperio; mandándole en nombre de Dios que aboliese el sexto concilio, y diciéndole que de esto dependía la duración y prosperidad de su reinado (1). Bardanes ó Filípico ofreció con juramento todo cuanto exigía el falso profeta; mas cuando vió el primer revés de Justiniano y de Leoncio Emperador, corrió todo sobrecogido á buscar á su recluso, que le dijo: creedme siempre, y no temais. Le repitió lo mismo en la elección de Apsímaro, fomentando de este modo en una cabeza tan propia para los designios de la impostura la fermentación y el entusiasmo, único fundamento de su esperanza. Filípico, elevado al trono, no le faltó á la palabra: no consintió entrar en el palacio imperial hasta no ver arrancado el cuadro del sexto concilio, colocado en el vestíbulo como un monumento auténtico de la fe del imperio. Mandó al instante celebrar un nuevo concilio, en el que condenaron el sexto. En el mismo año perdió la vista su recluso.

Persiguió Filípico á todos los prelados que no quisieron suscribir á su conciliábulo. Fue arrojado el patriarca Ciro de su silla de Constantinopla, que ocupó un monotelita llamado Juan. Colocaron en los dípticos todos los nombres proscritos por el sexto concilio. En resolución; sacaron con desprecio del depósito augustó de palacio y abrasaron públicamente

(1) *Theoph. pag. 319.*

las actas mas auténticas del sexto concilio general. Estaban escritas de mano del diácono Agaton, notario y bibliotecario de la iglesia mayor de Constantinopla, y como él mismo da á entender, en letras eclesiásticas; esto es, en una forma particular de escritura mas clara que la de las actas vulgares.

No nos parece inoportuno notar aquí cómo se conservaron las actas de este importante concilio en su integridad primitiva (1). Nos lo demuestra una nota que el mismo diácono Agaton puso al fin de un nuevo ejemplar escrito tambien de su puño despues de la caída de Filípico, á fin de darle toda la autenticidad de los primeros. Quedaban aun monumentos fidedignos á pesar de haber quemado las actas: afirma el escritor que tambien puso en limpio las copias verificadas y suscritas que se habian entregado á las cinco sillas patriarcales por orden del Emperador Constantino, quien lo dispuso así para poner á cubierto de toda falsificacion ó alteracion la pureza de la fe. Escribió esta copia y su nota treinta y dos años despues del sexto concilio, es decir, en el año 713.

No hizo Filípico menos pública su heregía en Roma que en Constantinopla. La descubrió sin rebozo en una carta que dirigió al Papa Constantino; mas el Pontífice, superior á todo respeto humano, la desechó con indignacion, de acuerdo con todo el clero romano; y la verdadera fe adquirió mayor fuerza y resplandeció con mayor lustre y esplendor. Erigieron

(1) *Tom. 6. Concilior. pag. 1416.*

con la mayor pompa en la iglesia de San Pedro un cuadro magnífico á los seis concilios ecuménicos: y el pueblo no pudo sufrir que la efigie de un Emperador herege estuviese colocada en el lugar santo, ni que su nombre fuese pronunciado en la misa, rehusando hasta recibir su moneda (1). Levantóse contra el nuevo gobernador enviado de su parte, y se habria abandonado á los mayores escesos, si el Papa no hubiese encargado á muchos obispos que con la cruz y los Evangelios fuesen á recordar al pueblo las máximas de moderacion y obediencia que olvidaba.

28. Retiráronse los sediciosos segun lo ansiaba el Pontífice; pero dentro de poco tiempo llegó la noticia de la deposicion de Filípico, de que le habian sacado los ojos y de que al otro dia de Pentecostés del año 714 habian proclamado Emperador con el nombre de Anastasio, á Artemio primer secretario de estado.

29. Promulgaron otra vez los obispos presentes y el clero de la ciudad imperial el sexto concilio, colocando su cuadro entre los de los cinco precedentes en el lugar de donde Filípico le habia mandado arrancar. Profesaba Anastasio la fe católica, y remitió al punto su profesion al Sumo Pontífice. Apresuróse tambien á escribir al Papa, Juan, patriarca de Constantinopla, substituido por los monotelitas al patriarca legitimo. Fingia hipócritamente ser un católico generoso, y que violentado por la fuerza á aceptar la dignidad patriarcal, se habia espuesto á todos los

(1) *Anast. Chron. ad ann. 712.*

peligros antes que aprobar los errores de Filípico. Confesaba en seguida en términos formales las dos voluntades naturales y las dos operaciones en Jesucristo. En cuanto al egemplar del concilio que el tirano habia quemado, se esplica de esta manera: „nada ha logrado por este medio, pues hemos conservado cuidadosamente distintas copias autorizadas tambien con las suscripciones de los padres y del Emperador. Además poseemos el egemplar escrito de mano de Pablo, obispo que fue de esta iglesia.” Aquí notamos de nuevo las precauciones tomadas en muchos tiempos á fin de conservar en su pureza los monumentos de la tradicion. Suplicó por último el artificioso patriarca al Papa le enviase sus cartas sinódicas en señal de comunión: mas parece que no obtuvo respuesta.

Mas satisfecho quedó el Papa Constantino del arzobispo de Ravena, aquel mismo Felix que por su rebellion cismática padeció el castigo de que le sacasen los ojos por orden del Emperador Justiniano. Llamóle del destierro Anastasio: solicitó la gracia del Sumo Pontífice con tanta sinceridad como diligencia: dió su confesion de fe como igualmente las cartas de su mision que sus predecesores habian acostumbrado enviar á los archivos de la iglesia romana; y aunque ciego, le restablecieron en su silla. Murió el Papa Constantino poco despues á 9 de Abril del año 715, y transcurridos cuatro dias ordenaron á Gregorio II, que ocupó la santa Sede cerca de diez y nueve años, en cuyo tiempo honró sin interrupcion la Silla Apostólica. La pureza de sus costumbres, su firmeza in-

vencible en sostener los derechos de la Iglesia, su celo por el mayor bien de la Religion y del pueblo, su instruccion en las sagradas Escrituras y su facilidad maravillosa en esplicarse: todas estas prendas que le adornaron antes de ser elevado al trono pontificio, imprimieron un sello de gloria en su pontificado. Su primera educacion la recibió al lado del Papa Sergio, y acompañó á Constantino en su viage á oriente, donde llenó de asombro al Emperador Justiniano con el juicio atinado y la sabiduría de sus respuestas.

Correspondia el Emperador Anastasio á las esperanzas que habia dado á los católicos. Depuso á Juan, patriarca intruso de Constantinopla, en el segundo año de su reinado, y colocó en su lugar á German, obispo de Cízico. Para no dar lugar á la ambicion ó al menoscabo de la disciplina, escribieron en el acta de la traslacion haberse realizado por voto del clero, del senado y del pueblo de Constantinopla, en presencia del apocrisario ó legado de la santa Sede Apostólica y de muchos obispos. Era hijo German de un patricio condenado á muerte por haber contribuido á la del Emperador Constante; y comprendiendo al hijo en la venganza, le hicieron eunuco; mas las bellas cualidades de su persona que le hacian tan digno del obispado, compensaban con abundancia todos los defectos que podian echarle en cara.

Anastasio armó en el año 715 una escuadra formidable contra el califa Soliman, que habia sucedido á Valid y que pretendia ilustrar los principios de su reinado á espensas de los romanos. Encargó la